

fuertes. Además, la suspensión se derogó, dejando las cosas en el estado que guardaban anteriormente. Cualquiera culpa que hubiera habido con la medida, quedaba remediada con la derogación.

Negamos que la población francesa haya sido víctima de violencias brutales, de expropiaciones y tratamientos odiosos de todo género. Léjos de que sean ciertas esas acusaciones, lo verdadero, lo histórico es, que se ha tratado á los franceses con especial benevolencia, antes y después de la injusta guerra hecha á México por su gobierno con el pretexto de favorecerlos. Jamás nación alguna ha observado una conducta tan circunspecta y generosa con los hermanos del ejército enemigo, encargado de una injusta invasión.

En esta cuestión de supuestas atrocidades, se han trocado los papeles: Billault, á quien correspondía probar sus cargos, se ha contentado con hacer preguntas capciosas á una asamblea aduladora, que respondía á todo que sí, como el Lazzarillo de D. Simplicio: nosotros, á quienes solo incumbía negar, en espera de demostraciones formales, hemos probado la falsedad de las acusaciones dirigidas contra nuestra patria.

El órgano del gobierno imperial afirma, que al enviar á México un ministro á principios de 1861, se tenía el propósito de olvidar todas las extorsiones anteriores; pero que faltas de fé incesantes, y la anarquía fomentada por el mismo gobierno mexicano, hicieron indispensable la represión.

En esta inculpación, como en todas las otras, se recurre á vagas generalidades, por falta de hechos determinados que citar. Ni un solo acto se menciona de esa mala fé que se llama incesante. Otro tanto sucede con la anarquía gubernativa, limitándose la prueba en esta parte á la inserción de unas notas de Sir Charles Wyke, de la época en que las es-

cribía en términos tan denigrativos, que no habría tenido empacho en suscribir las el mismo Dubois de Saligny. Pero es claro que no son las comunicaciones declamatorias de ministros malévolos ó preocupados, sino actos positivos y nominales, lo que debe servir de comprobación de graves acusaciones.

Y aun suponiéndolas fundadas, su existencia serviría para justificar la reparación de los agravios inferidos, la petición de garantías sólidas, no para intervenir en nuestros asuntos domésticos, no para imponernos la monarquía, no para traernos hasta el príncipe destinado á sentarse en el trono. De estas pretensiones inadmisibles, que en ningún derecho pueden apoyarse, se hace punto omiso para eludir la dificultad, ya que no es dable vencerla.

Empéñase Billault en presentar como guiadas por iguales motivos, á las tres potencias que celebraron el tratado de Londres, siendo así que fueron diversos sus intereses y sus intenciones. Sin la insistencia formal de la Inglaterra, apoyada por la España, no se habría puesto la cláusula que prohibía la intervención. Sin la oposición de los comisarios de esas naciones, habría pasado el sin igual ultimatum de Saligny. Sin la disidencia que ocasionó la ruptura de Orizava, estaríamos hoy en guerra con ingleses, franceses y españoles. Todas estas desavenencias, aunque posteriores al tratado, corroboran que en su celebración no hubo más que un acuerdo aparente, que no podía ser duradero, porque mientras dos de las altas partes contratantes habían convenido de buena fé en sus estipulaciones, la tercera se había propuesto dolosamente violarlas en primera oportunidad.

Por muy ofendido se da el ministro sin cartera, de que Favre lo hubiera acusado de haber engañado á la cámara; pero no desmiente la acusación sino diciendo que no ha sido

la causa verdadera de la expedicion, ese fantasma de trono por levantar en provecho de un príncipe extranjero; y que el gobierno habló primero del honor de la Francia que habia que vengar, y luego de la ventaja que habria en fundar en México un gobierno sério y responsable, segun la voluntad del país.

Por principio de cuentas hay que advertir, que la série de acontecimientos ocurridos de un año á esta parte, no puede dejar duda, ni al mas incrédulo, de que en lo que ménos ha pensado el gobierno imperial, ha sido en acatar la opinion nacional de México, bien esplicita desde la llegada de los aliados, y cada vez mas claramente manifestada. Hoy solo los ciegos no ven que México repugna la intervencion extranjera, que ningun sacrificio excusa para contrariarla, que detesta la monarquía, que sanciona dia por dia la legitimidad del gobierno existente. La exploracion que venia á hacerse, segun tantas veces se ha repetido, de los deseos de los mexicanos, está ya tan perfeccionada, que si ese hubiese sido realmente y de buena fé el objeto propuesto, á mas del de la reparacion de agravios, no se llevaria adelante una empresa cuyo fin estaba alcanzado. La guerra continúa, sin embargo: las últimas instrucciones conocidas de Napoleon á Foréy, le prescriben la ocupacion de la capital, la destruccion del gobierno de Juarez, el establecimiento de otro amparado por las bayonetas extranjeras, la permanencia indefinida del ejército frances en nuestro país. Las palabras y los actos del emperador están en completa discordancia.

A esta fundada deducccion se agrega la ocultacion en el anterior período de sesiones del cuerpo legislativo, de constancias oficiales que han venido á conocerse despues. En Marzo de 1862 decia Billault, que no era formal el gran secreto de la diplomacia, relativo al entronizamiento en Mé-

xico de un príncipe extranjero; y que preguntado sobre el particular el ministro de negocios extranjeros, habia desmentido esos rumores. Pues bien, Billault faltaba á la verdad, porque desde Octubre de 1861 habia manifestado Thouvenel al embajador inglés, que el gobierno del emperador veria con placer, que recayera en un príncipe de la casa de Austria la eleccion de los mexicanos, y el asentimiento de las potencias aliadas. Sabemos ademas por documentos diplomáticos fidedignos y fehacientes, que se ofreció el trono de México al archiduque Maximiliano, quien llegó á dar su consentimiento. Existia, pues, el negado secreto de la diplomacia, confesado, no desmentido, por el secretario de relaciones exteriores. Razon de sobra tuvo Julio Favre para afirmar que habia sido engañada la cámara.

Declara Billault, que se ordenó á los agentes franceses presentaran el ultimatum, sin dejarse burlar por lentitudes calculadas, pues en caso de que el gobierno de Juarez produjera el vacío en derredor de las tropas imperiales y procurase ganar tiempo, debian adoptar medidas severas, para no dar lugar á que nuestro terrible auxiliar el vómito viniera á protegernos.

Preciosa es la confesion salida de los labios del órgano del emperador. El reconocimiento de Juarez iba envuelto en la remision del ultimatum: la ruptura de las hostilidades quedaba diferida para una eventualidad marcada. El gobierno frances ha faltado por lo mismo á sus propias determinaciones, al negarse á tratar con la autoridad que habia reconocido; al decidirse á derribarla; al obrar fuera del caso previsto, una vez que la demora en la apertura de las conferencias habia consistido en Saligny; al carecer hasta de la razon del vómito, puesto que se habia comenzado por permitir generosamente á las tropas aliadas, el paso á poblacio-

nes salubres. La variacion de política, sin causa justificada, sin pretexto plausible siquiera, importa un cargo incontestable para Napoleon, el hombre de las eternas contradicciones.

Como Julio Favre habia dicho que las palabras andan mas ligeras que los soldados, su contradictor le respondió que estos habrian caminado con tanta rapidez como aquellas, si hubieran sido seguidos en México los planes del gobierno imperial.

Los hechos han desmentido la exactitud de esa frase pomposa. Desde la ruptura de Orizava, los planes napoleónicos han sido observados al pié de la letra, por los agentes encargados de su ejecucion, así como por las tropas mandadas con tal objeto. Y sin embargo, durante un año, no han ocupado los invasores mas que las poblaciones adquiridas por ellos con felonía, ó abandonadas voluntariamente por los mexicanos. La lentitud de sus movimientos ha sido asombrosa. Todavía en estos momentos están tan atrasados, que no hay probabilidades de que logren avanzar. Firmemente creidos estamos de que tendrá tiempo Billault de pronunciar aún lo ménos otra docena de sus aplaudidos discursos, ántes de que recobren su ligereza los soldados á quienes ha prestado la violencia de su imperturbable charla.

Nos vemos en la necesidad de repetir, que el aplazamiento de la apertura de las negociaciones hasta el 15 de Abril, fué debido exclusivamente á Saligny, segun consta de datos oficiales. Despues de esto, provoca á risa en unos y á enojo en otros, que el ministro sin cartera se queje de que se perdía el tiempo propicio para la accion, de que se dejaba llegar la estacion de las lluvias y de la fiebre, que hace imposible la guerra en México, y de que se haga pesar la responsabilidad de la falta de rapidez, sobre los que habian

acumulado todas las previsiones de la prudencia para que todo marchara pronto y bien. Se requiere en verdad una dosis poco comun de descaro, para imputar á otros las faltas exclusivas de los plenipotenciarios del emperador.

Hablando del rompimiento de Orizava, califica el audaz orador de profundamente inesperada la decision de la España de retirar sus tropas, con aprobacion é invitacion de la Inglaterra. Para condenar la resolucion de Prim, se refiere á los discursos de los diputados y senadores españoles afrancesados. Se jacta de que, en virtud de la ruptura, pasó la Francia del segundo al primer papel, permaneciendo en México con un puñado de hombres, en medio de un país espantado ú excitado por la tiranía, y en frente de la mala estacion y del vómito negro.

Con impudencia se desfigura la verdad histórica al atribuir á la España y á la Inglaterra el rompimiento de un tratado, que el gobierno imperial y sus comisarios en México fueron los que desgarraron. Saligny y la Gravière declararon rotos los preliminares de la Soledad, no quisieron esperar las satisfacciones pedidas á México, se consideraron en libertad para hacer lo que mejor les pareciera. Semillante conducta, prescrita ó aprobada por sus superiores, fué la que hizo pedazos el tratado que Inglaterra y España se esforzaban en cumplir.

Las increpaciones de Mon, de Bermúdez, de Concha, de Rios Rosas, contra el hidalgo comportamiento del conde de Reus, se estrellaron en la sensatez del senado y congreso españoles, que les dió por considerable mayoría una severa reprobacion. La prensa, la opinion pública, se han declarado en igual sentido, anticipándose al fallo justiciero de la historia y de la posteridad.

Al quedarse aquí Francia sola con un puñado de hombres,

estaba muy léjos de pensar que se levantaria en su contra el país entero. Figurábase, por el contrario, que seria recibida en las poblaciones con los brazos abiertos, entre repiques y coronas de flores. Imaginábase tambien que ahuyentaria con solo la presencia de sus afamados zuavos y cazadores, á los soldados que se mandara á disputarles el paso. No fué, pues, un rasgo de heroicidad lo que ocasionó la permanencia aquí de las fuerzas de Lorencez, sino la falsa creencia de que una patrulla francesa podia pasearse impunemente de un extremo á otro de la república.

Tampoco la mala estacion ni el vómito negro tenian nada que ver en el asunto. Las posiciones ocupadas por nuestros imprevistos enemigos, eran de las mas salubres del país. Ellos habrian en efecto sufrido los extragos del vómito en la estacion mas peligrosa, si fieles á las leyes del honor hubieran vuelto á Paso Ancho, como tenian obligacion de hacerlo. Pero no fué así como pasaron las cosas. Los violadores de pactos solemnes se quedaron de este lado del Chiquihuite, librándose por medio de una felonía, del riesgo de tomar á viva fuerza posiciones fortificadas, y de la terrible enfermedad que reina en la zona del vómito. Para el honor de la Francia, mas le hubiera valido mil veces que hubiesen sucumbido desde el general en jefe hasta el último soldado del cuerpo expedicionario, que cometer una falta sin ejemplo, como ha dicho el general Prim, en los anales militares del mundo.

En concepto de Billault, retroceder habria dado por consecuencia la vergüenza y el desprestigio de la bandera francesa, sin utilidad alguna, como ha sucedido con los que observaron una política contraria. La España no recogió otro fruto de su retirada, que reducir á la desesperacion á los españoles que se veian abandonados, y verse en la imposibili-

dad de negociar, porque Juarez exigia el pago de los gastos de la guerra. A la Inglaterra se le ofreció un tratado por el gobierno mexicano, pródigo en promesas; pero ella rehusó aceptar el dinero pedido á los Estados-Unidos, para no estimular la política invasora de estos. La Francia es la que ha ganado honra y provecho, pues habiendo llegado la estacion militar, nada impedirá ya esta vez el triunfo de las tropas del emperador.

Inexplicable obcecacion es la que se aferra en ver las cosas al revés, encontrando honra en la perfidia, prestigio en el mal obrar. La bandera francesa no se habria cubierto de ignominia con la observancia de tratados obligatorios, cuya violacion sí es un justo motivo de vergüenza.

Aunque la cuestion de utilidad es secundaria en materias de honor, ni bajo este punto de vista se tiene razon en preconizar las ventajas de la política francesa.

La honorífica conducta del marqués de los Castillejos, desaprobada únicamente en México por los españoles interesados en la fraudulenta admision de créditos ilícitos, ha producido la enorme ventaja de acabar la aversion con que el país veia á sus antiguos dominadores, suponiéndolos animados de ideas de reconquista. Para la celebracion de un tratado que satisfactoriamente arreglara las cuestiones pendientes, lo que sirvió de obstáculo fué, no la supuesta exigencia del pago de los gastos de la guerra, sino la orden terminante del gobierno español, de que se abstuviera su agente de toda negociacion.

Con Inglaterra no nos limitamos á vanas promesas: un tratado en que se le hacian concesiones extraordinarias, se firmó aquí con su representante; y si el gobierno británico lo desechó por consideraciones políticas, confesó siempre que habia sido hasta generoso.

La Francia, que no quiso negociar, con la que no hemos de tener ya la condescendencia que con las otras dos naciones, prefirió hacernos una guerra que será uno de los grandes escándalos de la historia. Ese sistema preferido ha dado hasta aquí resultados enteramente diversos de los que esperaban sus autores. Sin embargo de estar ya en la estación militar, algo y aun algo está impidiendo el triunfo proclamado á voz en cuello por Billault, quien debe ya renunciar á ese papel de profeta que desempeña tan mal, puesto que sus vaticinios resultan siempre falsos. La Francia, en la cuestión mexicana, no ha ganado honra y provecho: lo que verdaderamente ha alcanzado, son perjuicios incalculables, y sobre todo, echar sobre su bandera una de esas manchas que no se lavan jamas.

Con el acento de la indignacion se lamenta el orador de que, cuando los soldados imperiales están en frente del enemigo, se atribuya el rompimiento de las negociaciones diplomáticas, á motivos que han desnaturalizado su carácter, como el de los intereses de un crédito que se supone dañado, y el establecimiento de un trono para un príncipe austriaco.

Ya en otra vez hemos combatido por absurda la idea de que basta la existencia de la guerra, para que se prohíba el exámen de su justicia. Sistema tan falaz daría por resultado, especialmente en países regidos por el despotismo como la Francia imperial, que con solo romper las hostilidades con un pueblo cualquiera, aun cuando fuese de una manera atentatoria y bárbara, no habria ya otro camino que seguir, que el de precipitar á la nacion en un abismo de deshonra sin discusión alguna, cual si se compusiera de sordos, de mudos y de imbéciles. El tal M. Billault tiene salidas que trastornan el orden establecido en todas partes del mundo.

Los verdaderos móviles de la expedicion son ya bien conocidos: los aparentes han cedido el puesto á los reales. En cuanto á la apreciacion de los negocios de Jecker y Maximiliano, hemos visto ya, y seguiremos viendo, que el ministro sin cartera elude en ambos la dificultad andándose por las ramas, en lugar de ir al grano con lisura.

Esto le pasa tambien al tratar de los doce millones exigidos por el ultimatum frances, atreviéndose á decir que solamente se dió entrada á créditos serios y á reclamaciones respetables. Para desnaturalizar la caestion, habla de robos, saqueos é imposiciones vejatorias, y dice que no debe estimarse en poco la sangre francesa. Contesta al cargo de ligereza, que nadie puede apreciar mejor los daños y perjuicios sufridos, que los que han sido testigos y víctimas de ellos, ó los cónsules y ministros plenipotenciarios, ante quienes se formulaban las quejas respectivas por atentados repetidos á millares. Llama por estos motivos leal y concienzuda la cifra fijada, cuyo monto debia ademas ser comprobado despues definitivamente, y cuyo pago habia de dilatar muchos años. Y proclama la conveniencia de que Francia practique lo que encuentra bueno y cuerdo el gobierno de Inglaterra para los negocios de sus nacionales.

Toda esta série de observaciones inexactas ó exageradas, no prueba lo que probar debiera, á saber, que los franceses sean acreedores legítimos de México por la suma de doce millones. El mismo Thouvenel, ministro de relaciones del imperio, ha reconocido que esa suma es exagerada, punto en que no puede haber duda para los que conocen el importe de los capitales franceses existentes en el país.

El dia que llegara á examinarse con imparcialidad y justificacion el cúmulo de reclamaciones presentadas hasta por motivos insignificantes, se adquiriria el pleno convencimien-

to de que ellas son inadmisibles en su mayor parte, sin que tengan nada de serio, sin que el nombre de respetables les convenga en manera alguna. Los atentados de que justamente puedan llamarse víctimas los franceses, son en número muy escaso, y su apreciacion, dejada al arbitrio de los interesados, dá lugar á exageraciones tales, que por lo comun se centuplican los perjuicios sufridos. La sagacidad, la inteligencia, la probidad de calificadores como Saligny, son virtudes de que no es dable hacer mencion sin provocar á risa.

La garantía de la rectificacion posterior es de considerarse nominal é ilusoria, cuando se sabe que se pretendia fuese practicada por una comision exclusivamente francesa, que no dejaria sin duda de inclinarse en todo caso en favor de sus compatriotas. La exclusion de los mexicanos en un negocio que tan de cerca les interesa, constituia una nueva injuria, contrariaba el uso constante conforme al cual se ha establecido que sean mixtas esas comisiones. Por otra parte, la mayor escrupulosidad en los actos subsecuentes, no subsañaria nunca la impropiedad de comenzar por donde debia acabarse, de reclamar como líquida é indudable una cantidad por liquidar.

La concesion de varios años para pagar, no nacia de una disposicion generosa á favor de México, sino únicamente de la imposibilidad de que cubriera sus deudas desde luego un deudor insolvente. Ahora, que el pago fuese al contado ó á plazos, no es circunstancia que atenúa la iniquidad de cobrar lo que no se sabe aún si se debe.

Toca en la desvergüenza que se proponga como modelo la conducta de la Inglaterra, precisamente cuando se acaba de decir que esta potencia acostumbra cobrar mas de lo que legítimamente le corresponde, como lo hizo en los negocios de Pritchard y de D. Pacífico. Afean una accion por mala,

y recomendar su observancia á renglon seguido, es un rasgo moral que bastaria para calificar á Billault.

Aunque este protesta que el crédito Jecker nada tiene que ver con la declaracion de guerra ni con la ruptura del armisticio de la Soledad, tiene la amable condescendencia de prestarse á examinarlo, no sin extrañar que se adopten como verdaderas cualesquiera alegaciones escandalosas. Esta observacion sentimental le suministra materia para una digresion que lo conduce á presentar al gobierno de Francia como celoso de su honra hasta el exceso. Lástima es que la historia no pueda ser de la misma opinion.

Segun el ministro sin cartera, Jecker nació en Porentruy cuando Porentruy pertenecia á la Francia. Hemos visto que Picard afirma lo contrario, y por nuestra parte nos atrevemos á hacer una simple pregunta. Decidnos, M. Billault, si Jecker es frances de nacimiento, ¿á qué vino entónces su carta de naturalizacion, publicada en el Boletín de las Leyes? ¿Es costumbre en vuestro país hacer de nuevo franceses á los que lo eran ya de antemano?

El orador juzgó sin duda que no basta haber nacido en Francia para ser frances, y por eso agregó, que como tal estaba considerado Jecker en la legacion francesa de México, y que de mas á mas andaba mezclado en todas las obras de beneficencia que interesaban á los franceses.

Como se ve, los argumentos empleados en esta cuestion son cada vez mas primorosos. La nacionalidad se adquiere por nacimiento ó por naturalizacion, no porque las legaciones consideren á un individuo por lo que no es: la legacion francesa no pudo convertir en frances á un suizo. Tampoco los rasgos de beneficencia deciden de la nacionalidad: aun cuando fuera Jecker un San Vicente de Paul, no por eso dejaría de haber nacido donde nació. La legacion francesa

consideraba como francés á Jecker, luego es francés. Jecker es benéfico, luego es francés. ¿A dónde aprendisteis lógica, M. Billault?

A reflexiones de esta especie, con que se pone bien en claro la mala fé del gobierno imperial, llama su panegirista calumnias mexicanas de diarios y cartas anónimas, procedentes de México, y enviadas á Francia por los ultra-demócratas de esta capital. A los cargos anteriores de la Francia hay que agregar ahora, la resistencia armada á sus soldados, la oposicion razonada á las falsedades y erróneas apreciaciones de sus políticos. Comprendemos el enojo de Billault, para quien seria de lo mas satisfactorio que se recibiera á los zuavos con coronas de flores, que se enseñaran sus famosos discursos en nuestras escuelas como cartilla social. Pero tenemos el sentimiento de anunciarle que somos rehacios en esos pecados, y que moriremos impenitentes.

El orador nos da las interesantes noticias, de que la caja Jecker era la depositaria de casi todos los valores de la colonia francesa, y de que un hermano del banquero legó cien mil francos a los hospitales de Paris, y doscientos mil á la Academia de medicina.

Al darnos por enterados de estos pormenores, quedamos en la duda de si los legados del médico Jecker serán otra prueba de que su hermano Juan B. nació en Francia, ó de que son legítimas sus reclamaciones contra el gobierno mexicano. En un dialéctico de la fuerza de M. Billault, cabe igualmente una y otra consecuencia.

No es exacto que la caja del banquero suizo tuviera tanta importancia como se le quiere dar. Pero aun dando de barato que la colonia francesa hubiera depositado allí hasta su último centavo, no vemos que esta sea una razon para convertir en chivo expiatorio de la quiebra del responsable

al tesoro nacional, haciéndole pagar las cuentas de acreedores extraños, con los que nada tiene que ver.

Para que Jecker sea tan digno de interes como los franceses de quienes acaba de hacerse compatriota, y merezca igual proteccion del gobierno imperial, no le falta mas que haber nacido francés, ó haber adquirido esa nacionalidad en tiempo oportuno.

La historia del negocio de los bonos, contada por el ministro sin cartera, no deja que desear. El gobierno de Miramon era regular, porque estaba en posesion de esta ciudad, y acreditados cerca de su persona los representantes de las potencias extranjeras. Ese gobierno celebró con la casa Jecker un empréstito por valor de quince millones de pesos, quince meses ántes de ser derribado. Si las condiciones del negocio fueron onerosas ó usurarias, tambien Inglaterra cobra un interes de 12 ó 15 por ciento para las indemnizaciones de sus nacionales. Un hombre que se atreve á hacer negocios en México, aun cuando sea á tipo subido, posee una fé extraña. Declarando que los bonos serian admisibles por una quinta parte en el pago de los derechos de aduana, era natural que los negociantes compraran en 25 lo que podian colocar por 100. Los compradores, y entre ellos los franceses, tenian interes en que se llevase adelante lo convenido. Tambien el gobierno imperial estaba interesado en un arreglo, del que resultaba en los derechos aduanales una disminucion para las mercancías francesas.

Examinando por su órden las proposiciones sentadas, diremos desde luego, que la nueva teoría sobre legitimidad de los poderes públicos, es de todo punto inadmisibile. Oidlo, pueblos. Basta que un usurpador cualquiera se apodere de la capital de un país y sea reconocido por las potencias extranjeras, para que, aun cuando sea desconocido en todo el

resto del territorio; aun cuando lo repugne abiertamente la voluntad nacional, única fuente de la soberanía; aun cuando exista un gobierno de hecho y de derecho en otra parte del país, la administracion de tal usurpador deba ser considerada como legítima. Carlos VII, el rey de Bourges, será borrado de la lista de los monarcas de Francia, por haber ocupado á Paris su rival el conquistador inglés. Felipe V dejó de ser rey de España, el dia que entraron á Madrid las fuerzas del archiduque austriaco. Fernando VII fué otro rey intruso, que ocupó el trono legítimo de José Napoleon, residente años enteros en la capital de la Península. Está visto que la historia debe escribirse de nuevo, corrigiendo los errores universales en que han incurrido los escritores que se apartan de las doctrinas de Billault.

La cuestion de tiempo nada significa, siendo indiferente que el negocio de los bonos se hubiera celebrado un año ántes ó la víspera de la caída de la administracion usurpadora. Lo esencial del caso es la falta de facultades de esta, cuyos actos, nulos en sí, fueron declarados tales con la correspondiente oportunidad por las autoridades legales.

El ejemplo de la Inglaterra es un nuevo comprobante de la lógica sin igual del ministro orador. Inglaterra cobra un rédito hasta de un 12 ó 15 por ciento: luego Francia tiene derecho de cobrar el que se le dé la gana. A las mil maravillas. Extrañamos que en vez del ejemplo de la codiciosa Albion, no se citara el de uno de los mas famosos personajes del gran trágico inglés, el del judío Shylock, que cobraba una libra de carne por otra libra de dinero. La comparacion de esta usura hubiera hecho resaltar la moderacion de Jecker, que se contenta con la ganancia de unos cuantos millones.

No han de ser tan espantosos los peligros de arruinarse

que corren los que hacen negocios en México, cuando lo comun es que así improvisen capitales inmensos hombres salidos de la nada. De esta verdad es buen testigo el mismo Jecker, que llegó pobre á esta sima del infierno llamada México, y en poco tiempo se hizo dueño de una gran fortuna, como sagazmente lo advirtió Julio Favre. La historia del banquero suizo es, en escala menor, la de casi todos los extranjeros que vienen á este esquilado país. En buena hora que utilicen cuanto puedan, con tal de que se sujeten á las vicisitudes de los asuntos en que medran tan asombrosamente. Lo que sí nos parece fuera de orden, es que sus gobiernos, y con mas razon gobiernos de que ellos no son súbditos sino *ex post facto*, se vuelvan defensores acérrimos de esas especulaciones escandalosas, para el caso de que tengan mal éxito por haberse efectuado fuera de toda regla. En esta parte es digna de elogio la solemne declaracion hecha por el gobierno inglés en pleno parlamento, de que negará su proteccion á sus nacionales en casos semejantes, dejándolos correr la suerte que les deparen las eventualidades de los acontecimientos.

No está por demas rectificar que los bonos eran admisibles, segun el llamado decreto de Miramon, no por una quinta parte de su valor, sino por el total de su nominal importe, en la quinta parte de los derechos aduanales. De lo uno á lo otro hay muy marcada diferencia.

Comprendemos perfectamente que resulten beneficiados los compradores de los bonos, con pagar en un papel que tiene un descuento mayor ó menor, los derechos que satisfacian antes en dinero. Comprendemos igualmente que tal combinacion equivale á una baja en la tarifa, lo cual por necesidad es favorable á las mercancías importadas con esa ventaja. Pero utilidad y derecho son dos cosas enteramen-